

Sara Comstock, "Ibáñez, el celebrado novelista español, a favor del divorcio"

(*The Buffalo Sunday Times*, 25-XI-1923)

—¿El divorcio? ¡Por supuesto que estoy a favor del divorcio! ¡Las personas de mente abierta deben creer en él! Está en sintonía con toda la concepción moderna de la libertad.

—Se está fortaleciendo en los Estados Unidos —le dije.

—¿Con qué fuerza? —preguntó en francés.

—Un divorcio por cada 7,6 matrimonios en los Estados Unidos el año pasado, según el registro de matrimonios y divorcios de la Oficina del Censo. Eso es una rápida mejora con respecto al porcentaje de hace unos pocos años de un divorcio por cada 12 matrimonios.

Blasco reflexionó en español, pero enseguida regresó al francés.

Debe respetarse el privilegio

—Eso es extremo, por supuesto. Sin duda se está abusando del privilegio del divorcio. Pero ello no es necesariamente un motivo de alarma. Al principio, cada nueva costumbre se lleva al extremo: en muchos casos, es una reacción contra alguna antigua costumbre conservadora, y debido a que es una reacción, esa repentina relajación, por así decirlo, tiende a ser violenta. Es la vieja historia de la oscilación del péndulo. Si ha girado lejos en una dirección, debe girar lejos en la otra, para lograr un equilibrio.

»Así ocurre con el divorcio. Los espíritus más independientes fueron avanzando poco a poco, y cuando se liberaron de la represión de los viejos tiempos, llegaron al extremo. No es bueno abusar del privilegio; no lo apruebo; pero tampoco me alarmo. Creo que pronto se alcanzarán los límites extremos; entonces se desvanecerá su ímpetu y el divorcio será contemplado como una costumbre normal, respetable e intachable, a la que recurrir siempre que sea necesario. Se verá como el recurso último que se emplea en caso de necesidad, como una intervención quirúrgica en una enfermedad grave. No se pretende de otro modo la intervención o el divorcio.

A medida que se adentraba en el tema, el Sr. Blasco Ibáñez hablaba cada vez más rápidamente, y sus manos se movían tan atropelladas como su dicción. Son las manos más elocuentes con las que he conversado; sus dedos, pequeños, delgados, con una sugerencia del poder de los alambres de acero, se levantan con horror, se cierran con fervor, se agitan con indiferencia despectiva, se pliegan contra el corazón en un ardor romántico, aplauden inteligentemente para enfatizar una opinión, se extienden con

asombro, y durante todo el tiempo los anillos en el tercer y cuarto dedo de la mano izquierda brillan y brillan y lanzan destellos verdes y dorados.

De hecho, toda la impresión de este romántico español estaba llena de colorido. Aunque era la última hora de la mañana, acababa de levantarse, trabajando y festejando casi hasta la muerte; y estaba fresco con un conjunto de prendas de crepé decorativo chino en tonos arcoíris. Magníficos discos de color malva y azul sobre un fondo rojo adornaban el atuendo de la bata y parecían mezclarse, puntos brillantes de subido cromatismo, con la viveza de su discurso.

Libertad pero no abuso

—Entonces, resumiendo, ¿apruebas nuestra libertad para divorciarnos?

—Sí, decididamente, aunque, eso sí, no apruebo su abuso. Libertad pero no abuso, como usted dice. En mi propio país, España, el asunto avanza ahora con lentitud. El verdadero motivo de ello es que la mujer se opone a ese derecho.

—¿La mujer?

—Pues sí. Ocurre lo mismo en todas partes. En el fondo de la cuestión, la mujer siempre es enemiga del divorcio.

—¿Incluso esa mujer que tan a menudo se beneficia de dicho derecho?

—En efecto. Pero eso no altera la cuestión. Es conservadora, se aferra a las viejas costumbres, y quizá no se da cuenta de lo mucho que el divorcio puede ayudarla. Es contra la mujer contra la que el divorcio debe luchar si quiere avanzar e implantar una mayor libertad.

La lucha por la independencia

—En España se han producido grandes cambios en la situación de la mujer en los últimos ocho o diez años —continuó—. El movimiento feminista ha comenzado en serio. La escritora Colombine (Carmen de Burgos) es una mujer brillante y progresista, y está al frente de la lucha por la independencia de las de su sexo. ¡Ah! ¡Es magnífico! ¡Cómo admiro la independencia de las mujeres norteamericanas! Estaré feliz de ver lo mismo en mi país.

»En todo caso, allí está arraigando ese sentimiento. Las mujeres ahora acuden a las universidades, se organizan y se entremezclan en asuntos importantes. Existe una asociación por el sufragio femenino. Las más jóvenes, aquellas de tendencia intelectual, se ocupan de los asuntos del corazón y del alma, y algunas de las mujeres mayores más conservadoras muestran al menos una cierta simpatía hacia el tema.

»Por supuesto, es difícil comparar la situación de la mujer en dos países que difieren tanto en tradición, religión, temperamento y costumbres. Pero algún día seremos más parecidos, ya que nuestras mujeres tienden cada vez más a alcanzar una independencia similar a las estadounidenses.

»La esposa y la madre españolas viven, por regla general, una existencia muy tranquila, especialmente en las ciudades más pequeñas. En Madrid y Barcelona sus horizontes son más amplios, pero fuera de estos grandes centros urbanos su vida transcurre en un ambiente puritano, de tranquila simplicidad y conservadurismo. Deberá pasar mucho tiempo antes de que las mujeres de este tipo despierten.

»En España, el divorcio es imposible. A lo más cerca que puede llegar una pareja es a una “separación”. Mediante este arreglo los cónyuges pueden vivir separados, incluso separar sus fortunas; pero nunca están completamente divorciados. Aunque ellos ya no se amen, e incluso puedan detestarse el uno al otro, siguen siendo en cierto sentido una unidad: no son completamente libres. La sombra del matrimonio equivocado e infeliz se cierne sobre ellos. Ninguno de los dos puede casarse con otra persona. Eso es una estupidez, ¡algo estúpido, estúpido!

Las manos revoloteaban frenéticas en el aire como si estuvieran a punto de caer furiosamente sobre su víctima: la costumbre ‘estúpida’.

Dura batalla en España

—En la actualidad, hay una campaña del sector intelectual y progresista de mi país a favor del divorcio. Pero es una batalla dura. Incluso en el seno del propio grupo, el asunto debe manejarse con cautela, porque existe una enorme oposición.

—¿Qué efecto tendrá el divorcio sobre la moralidad?

—Ninguno, debería decir. Habrá hombre que abusará de ese privilegio, y se divorciará y se volverá a casar diez veces si lo desea; mientras que el hombre decente nunca abusará de él.

—¿Crees que el hogar se ve afectado por la llamada “emancipación de la mujer”?

—Decididamente. Y para mejor. Admiro el grado de independencia que ha logrado en todos los sentidos la mujer en los Estados Unidos. Es un estado superior. Favorece la vida en el hogar y amplía la vida intelectual. En resumen, soy un ardiente defensor de la libertad, tanto para hombres como para mujeres.

—Eso nos conduce a la cuestión del control de la natalidad.

—¡Ah, sí, sí! —pensó, con la frente arrugada, y luego sus manos se alzaron en el aire—. ¡Mira el ejemplo de Francia! ¡Mira a lo que ha llegado por la terrible caída de su tasa de natalidad! Una reducción alarmante de la población es un asunto de importancia nacional.

—Aquí en Estados Unidos, especialmente entre nuestro sector intelectual, hay muchos matrimonios sin hijos. ¿Qué opinas de esa situación?

—¿Muchos matrimonios sin hijos? —reflexionó, para estallar a continuación—. Lo normal y saludable, es el orden establecido: amor, matrimonio e hijos. Puedo decir que estoy a favor de los anticonceptivos, aunque dentro de unos límites. Exceptuando casos muy excepcionales, como una enfermedad grave de la esposa, es lamentable que un matrimonio no tenga hijos. ¿Por qué debería ser así en los círculos intelectuales y no en los demás? ¿Es acaso el matrimonio un asunto solo del intelecto? Desconocemos tal cosa en mi país. Dejemos que haya simpatía, pero también que el amor entre los esposos nazca también de la pasión, y sean los hijos el fruto del matrimonio. La familia típica española suele tener dos hijos. Y eso resulta algo hermoso.

»En España e Italia somos muy románticos. ¡España puede tener algo que aprender, pero también que enseñar! El matrimonio surgido del amor es para nosotros un gran ideal y, como escritor romántico, lo apoyo de todo corazón. No ocurre así en Francia. Allí, los padres intervienen en el concierto matrimonial, se basan en consideraciones económicas, como si se tratara de un asunto de negocios. En cambio, en España no sabemos absolutamente nada de convenios fríos y calculados. Allí amamos, y nuestro amor perdura en muchos, muchos casos, en la mayoría de los casos. Ningún país europeo, salvo Italia, es tan romántico como el mío.

»Una mujer joven abandonará la familia, la fortuna, todo, por el hombre que ama. Si él es pobre, ella le dirá: “¡Ve a América, ve a cualquier otro lugar del mundo al que quieras y busca tu fortuna! ¡No importa cuánto tiempo, esperaré!”. Y ella cumple su promesa. He conocido a chicas que esperaron ocho, diez o catorce años por un amante, y este regresó finalmente: fieles los dos. Así sucede a menudo con estudiantes jóvenes. Es hermoso, es noble. Es una actitud ideal para hombres y mujeres jóvenes. Rara vez habría que recurrir al divorcio si más matrimonios en todo el mundo se basaran en tal ideal. ¡Qué familia tan feliz alumbraría!

»No creo en los matrimonios muy jóvenes. Es mejor esperar, como lo hacemos en España, hasta que el muchacho se establezca en su negocio o profesión. Es mejor

esperar hasta que los dos sepan más de la vida. Les permitirá estar mejor preparados para fundar un hogar sabiamente dirigido.

—¿Qué opinas de la libertad de que gozan los jóvenes estadounidenses para relacionarse? Van juntos sin acompañante, a caminar, en coche, a restaurantes y teatros...

—No deseo hacer comentarios. No creo que merezca la pena establecer comparaciones a este respecto entre países que son muy diferentes. En Europa la vida no empieza para una mujer hasta después del matrimonio. Aquí, las muchachas han vivido mucho antes de llegar a ese estado. Deja que las cosas sean como son en cada país.

—¿Qué opinas de la forma en que aquí criamos a nuestros hijos? Hemos convocado 'el Día del Niño' y establecemos una regla para que se le escuche. Queremos escapar de la antigua represión de la infancia, y hemos recorrido un largo camino.

—Eso no lo he comprobado por mí mismo —respondió—. No he tenido oportunidad. Estoy invitado aquí y allá. Voy a una cena, a una recepción, me encuentro con encantadores estadounidenses, pero todavía no he tenido la ocasión de analizar un asunto como este. Pero si es como lo describe, creo que es muy objetable. Debe ser que los niños de los Estados Unidos que son de este tipo se parecen a los niños argentinos. Allí siempre son prominentes. No deberían ser reprimidos indebidamente, por supuesto, o se impediría su pleno desarrollo; ¡pero dejar que el niño controle la casa es una calamidad!

De nuevo sonó el teléfono, lo había estado haciendo a intervalos durante toda la hora, y el pobre Sr. Blasco Ibáñez había intentado explicar a los estadounidenses que persistían en su acoso que solo hablaba español y francés. Ahora colgó el auricular desesperado y se hundió, frenético y gesticulando, en su silla.

—¡Me persiguen! ¡Son amables, educados, pero estoy muy cansado y me siento indefenso en tu idioma! Es muy difícil y ¿qué puedo hacer?

—¿Puede decirnos qué piensa sobre la comunidad de intereses en el matrimonio, y luego le dejaremos leer sus cartas en paz?

—¡Oh! ¡Intereses similares en los esposos! ¡Eso es muy hermoso! —Una vez más, se enfrentó a un tema romántico y olvidó a quienes lo acosaban por teléfono—. Es genial ver que ambos están interesados por igual en la música, la literatura, el arte o lo que sea. En los países europeos, las esposas a menudo se interesan profundamente en las actividades de sus esposos ocupadísimos. En Francia, por ejemplo, conozco a

muchas esposas de escritores que simpatizan estrechamente con el trabajo de su marido; también en Italia. De hecho, la mujer nunca debe ser ajena a los intereses de su esposo.

»Pero esto no es todo lo que hace feliz a un matrimonio. La mera simpatía intelectual no es suficiente. ¡Ah! ¡En España, somos amantes, somos románticos! ¿Crees que eso es una locura, un error? ¡Creo que está bien, es expresión de sabiduría!